

nes apostólicas, de los primeros combates y concilios de la Iglesia, de los primeros testimonios de sus confesores y mártires, y del sorprendente milagro de la conversion del mundo pagano, que pasó de lo mas corrompido á lo mas puro y santo: todas estas impresiones é inspiraciones, todas estas olas de luz, de tradicion, de fe, de gracia, de vida, brotando de sus mismas fuentes, daban á la Iglesia griega una ventaja inmensa sobre la romana. ¿Qué ha hecho de esta ventaja? No solo no la ha propagado ni conservado, sino que ha dejado que la noche de la barbarie invada las regiones de la luz; ha permanecido, pasiva y aun sepultada, sin hacer el menor esfuerzo para salir de tal estado; y no presenta hoy mas que una amalgama de heregías y supersticiones groseras, cuyo derecho de explotacion compra la simonía al despotismo, dividiendo con él las utilidades.—La Iglesia romana por el contrario, inundada de Bárbaros desde el principio, presa de malignas y perseverantes heregías, teniendo que combatir á un tiempo la ignorancia y la falsa ciencia, la violencia y la sutileza, recibiendo á cada instante en su seno elementos estraños á todo origen y á toda tradicion cristiana, estendiendo su apostolado por las regiones mas remotas, bárbaras y salvajes, donde la lengua, las costumbres, las supersticiones, el clima, las comunicaciones, todo era obstáculos, todo peligros, todo debia ser humanamente alteracion, perversion, naufragio para la disciplina y para la doctrina; la Iglesia romana, digo, no solo se ha mantenido íntegra y libre, en medio de esta confusion y de estos obstáculos; sino que ha trabajado á pesar de todos estos elementos bárbaros, los ha dominado y disciplinado; los ha inspirado con su sopro y vivificado con su vida; de ellos ha sacado una civilizacion enteramente nueva; ha recogido los últimos restos de la civilizacion antigua que no supo conservar la Iglesia griega, y que de Constantino-

pla pasaron á refugiarse á Roma; y en fin, ha creado el mundo moderno, el actual, en lo mas animado, puro, rico y fuerte que en él vemos, de tal modo que no puede oponer á la Iglesia mas que el abuso de los beneficios que de ella ha recibido.

III.—El primer movimiento de heregía escolástica lo hallamos en el célebre Scot Erigenes. Para hacer ver la relacion de su heregía con el Panteísmo, me basta dejar hablar á uno de los mas exactos historiadores, y apreciador reservado é indulgente de los sucesos católicos.

“A pesar de su perspicacia divinatoria, dice Alzog, no supo Erigenes librarse de caer en graves errores. Teniendo que luchar con espresiones á menudo rebeldes, en su esposicion de las verdades inteligibles, no fué siempre fiel á su mismo principio de distinguir bien los términos propios y figurados, los confundió muchas veces, abusó de ellos, fué el predecesor de Bérenger en su doctrina de la Eucaristía, y dió inmediatamente ocasion á los errores posteriores sobre las relaciones de la fe y la ciencia, de Dios y del mundo, sobre la naturaleza del mal y la predestinacion. Sus opiniones fueron el manantial de donde, mas tarde, se dedujo una teoría positivamente panteísta.” (Alzog, *Hist. de la Iglesia*, t. II, p. 234.)

Así, vemos en él un espíritu no mal intencionado, pero temerario, que, en vez de desarrollarse en la profundidad y sublimidad de la doctrina católica, como lo hizo tan poderosamente el genio de Santo Tomas, quiere estrechar y forzar los límites de aquella: dá un paso fuera del dogma de la Encarnacion eucarística, y una vez dado, á dónde se dirige? ¿á dónde va á parar? Al Panteísmo.

El historiador de quien tomamos el juicio que le concierne, es uno de los mas moderados en esto; puesto que trata de disculparlo: “Generalmente se le tacha de pan-

teísta, dice, porque no han conocido la distinción claramente establecida por Scot entre el lenguaje propio y el impropio aplicado al Criador. . . . La proposición *Dios está en todo y es todo*, quiere decir en Erigenes. Dios se manifiesta en todo; todo lo creado es manifestación de Dios." Esta explicación es por lo menos benévola; pero su tendencia al Panteísmo no se halla menos manifiesta en el doctor escocés.

IV.—Lo que sobre todo importa hacer notar, como una verdad que tal vez parecerá escésiva, y que sin embargo es cierta y lógica, y además justificada por la suerte de las herejías que ahora examinamos, es que si el dogma de la Encarnación es preservativo del Panteísmo como doctrina, es á condición de que sea vivificado y realizado en nosotros como sacramento. La realidad de la presencia sobrenatural de Jesucristo en la Eucaristía nos hace sentir vivamente la distinción de lo Infinito y lo finito; y la participación en esta divina realidad nos hace experimentar su comunión, sin quitar nada á su distinción, haciéndola por lo contrario mucho más profunda por el sentimiento de la reciprocidad del amor que acusa en él vivamente estos dos términos: Dios y nosotros; Dios en nosotros y nosotros en Dios, distintos y unidos, tan distintos como lo es la miseria más profunda de la criatura de la triple santidad de su autor, y tan unidos como deben serlo por un amor que franquee esta distancia y que sobrepuja á esta distinción: dos sentimientos, dos necesidades profundamente verdaderas, necesarias al corazón del hombre; y cuya satisfacción, por el Catolicismo, lo salva de todas las aberraciones en que lo precipitan por no encontrar su objeto.

La Escolástica, en la edad media, no se inclinó en algunos buenos espíritus á la especulación racionalista sin emanciparse de ese contrapeso divino, que mantuvo en las vías seguras y anchas de la teología positiva á

los Anselmo, Tomás de Aquino, Lanfranc, Bernard, Gerson, Buenaventura, cuyo genio debió todo el vigor y apoyo de su vuelo á las inspiraciones de la fe práctica. El apartamiento del centro de esta fe, la privación de lo sobrenatural eucarístico, causó en los otros la extenuación de la fe en ese sobrenatural y en el de toda la religión, y muy pronto su descomposición en el Panteísmo. Si en vez de afanarse tanto en explicar en sí lo que es inesplicable, hubieran sido fieles á la práctica del sacramento divino, habrían conocido á Jesucristo en la *fracción del pan*, hubiéranse conocido á sí propios, hubieran conocido todas las cosas mejor que escudriñándolas en sí mismas; ó á lo menos hubieran sido iluminados y preservados en los peligros de sus investigaciones. Pero, espíritus orgullosos y corazones dados á la lucha de los sentidos, esto los esclavizó, y se vieron arastrados por esta esclavitud á esa falsa libertad de raciocinar y pensar, cuya iniciativa se han apropiado con tanta exaltación nuestros racionalistas modernos, y que en el fondo no es más que la libertad de descarriarse y abismarse, abismando consigo al mundo. Tales fueron principalmente Bérenger, Roscelin, Abelardo, Guillermo de Champeaux, Amaury de Chartres, David de Dinant y Gilberto de la Porée.

El dogma de la Eucaristía había sido hasta entonces respetado, y Scot Erigenes fué el primero en atacarlo; pero Bérenger de Tours fué, en el siglo once, el verdadero autor de una herejía sobre este punto; pues se pronunció de un modo más formal aun y más fuerte que Erigenes contra el dogma de la *transubstanciación* y de la presencia real, y fué el autor de la secta de los Berengarianos, precursores de los Luteranos y Calvinistas, y condenados por varios concilios, notablemente por los de Verceil, de Tours, de Paris y de Roma en 1079.

Háse pretendido, aunque esto necesita confirmación,

que á estos ataques contra la fe en el dogma de la Eucaristía mezclaba Bérenger otros contra los primeros fundamentos de la sociedad; que condenaba los matrimonios legítimos; que sostenía que las mugeres debian ser comunes; que reprobaba tambien el bautismo de los niños; que se inclinaba en fin á la heregía de los Gnósticos y Maniqueos. (Bergier, *Dic. de teolog.*)

V.—Roscelin fué el autor de una heregía sobre la Trinidad, que consistia en ver en las tres personas divinas tres seres, y por consiguiente tres Dioses: fué esta la heregía de los *Triteistas* condenada en un concilio que tuvo lugar en Compiègne en 1092, y contra la cual escribió San Anselmo su bello tratado de la Encarnacion del Verbo.

A consecuencia de este ataque al dogma de la Trinidad preludió Roscelin la célebre disputa sobre los *universales* que tanto agitó aquella época, y que, bajo nombres bárbaros, velaba el escollo fatal del espíritu humano desviado de la fe.

¿Tienen las ideas generales de los seres algo de real, ó son puramente nominales? ¿Hay otra cosa real que no sean los seres considerados individualmente?

Nada hay real sino los seres considerados individualmente, y las ideas generales no son mas que una pura abstraccion nominal; así lo sostenian Roscelin y los *nominales*.

Las ideas generales son, por lo contrario, las solas realidades, y los objetos individuales no son, segun los *realistas*, mas que las formas y fenómenos de las primeras.

¿Quién no reconoce nuestra gran cuestion bajo estas fórmulas? Las ideas generales de los seres son para nosotros los tipos segun los cuales se particularizan los mismos seres, y sobre los que los juzgamos; implican la generalidad de la Idea y del Sér, el mismo Sér como su principio, y la Inteligencia infinita como su asiento.

Luego rehusar un valor real á las ideas generales, es negar la generalidad del Sér, el Sér mismo, es caer en el *Naturalismo*.—Por otra parte, no admitir de real mas que las ideas generales, ni ver en los seres particulares mas que las formas de las ideas generales, los fenómenos del Sér, ¿no es evidentemente caer en el *Panteismo*?

Naturalismo ó Panteismo, tales son las dos salidas por las que la Filosofía procuraba eludir esta gran cuestion. El catolicismo, afirmando igualmente la realidad distinta del mundo sobrenatural y la del natural, y la concordancia de ambos mundos en la gran personificacion de Cristo; presentándonos en Cristo el Verbo, es decir, el Pensamiento, la Idea eterna por la cual todo fué hecho, sea en el órden terrestre, sea en el celeste, y este mismo Verbo hecho carne, salva admirablemente, uniéndolas sin confundirlas, la realidad de las ideas generales en la realidad de la Idea divina, y la realidad de los objetos particulares en la Individualidad humana de Cristo. Pone la Filosofía en el caso de determinar su distincion y su combinacion en los conocimientos humanos; y, dejando que los espíritus se ejerciten en el campo de la disputa, los retiene á lo menos en los términos generales de la verdad, y alza barreras á los precipicios.

VI.—El célebre Abelardo fué el continuador de Bérenger y de Roscelin. Separando como ellos la escolástica de la mística, la teología especulativa de la positiva, tratando temerariamente de hacer descansar la fe en la razon, en vez de elevar la razon sobre las bases de la fe, desplegó gran prestigio de espíritu y conocimiento, pero cuya tendencia y aun el efecto á veces, fueron salir de la fe. El concilio de Soissons condenó su *Introduccion á la teología*, á causa de varias proposiciones heréticas sobre la Trinidad. Y para que se vea el fatal encadenamiento del error! hallóse que las mismas proposiciones

eran panteístas, y correspondían á proposiciones licenciosas. Así, según él, el Padre, ó mas bien la Paternidad, era la suprema Divinidad que se *desarrolla* en el Hijo y en el Espíritu Santo, de suerte que el Hijo y el Espíritu Santo no *son nada* de por sí. Era esto negar implícitamente el dogma de la Encarnación del Verbo, de su mediación entre el mundo y Dios, á quienes uno sin confundirlos, y por consiguiente, abrir la puerta al Panteísmo; era introducir ya en el mismo seno de la Trinidad el principio de la emanación, el cual una vez admitido no se detiene, y se extiende necesariamente á todos los seres. Negar las personas divinas es inclinarse á negar las personalidades humanas. Abelardo decía que "el Padre solo es y existe por su relación con el mundo y su manifestación en el mundo."

Seguía de ahí que las cosas sensibles, los actos exteriores, los hechos no tenían valor real, ni existencia objetiva para Abelardo. El solo Espíritu era todo, y el pecado no consistía mas que en la voluntad perversa y no en las obras. El amante de Eloisa facilitaba así la senda al Iluminismo inmoral de las sectas del Libre-Espíritu.

San Bernardo combatió muy particularmente esta última proposición de la *Ética* de Abelardo. Fué, contra este quimérico y brillante espíritu, el campeón de la Iglesia y de la sociedad, como San Anselmo lo había sido contra Roscelin, y el bienaventurado Lanfranc contra Bérenger. ¡Admirable unión de la santidad y la verdad en los grandes doctores de la Iglesia, y no menos admirable cosa el que todo hombre, fuerte por el genio y el corazón, y con él la sociedad, por la base de la fe, no pueda separarse de esta sin vacilar y arrastrar consigo la sociedad á los abismos!

VII.—Poco ha reflexionado y observado el que no vive convencido de que el estado material de las socieda-

des está ó llega á estar pronto conforme con las doctrinas que se agitan en el mundo superior de las inteligencias; y que de las ideas á los hechos, del gabinete del filósofo á la calle solo hay algunos grados de distancia que las pasiones franquean rápidamente, siempre á la mira de lo que puede autorizar su licencia. Nunca se halla sin doctrinas el mundo de las inteligencias; y estas doctrinas pronto llegan á ser sucesos que informan á la sociedad y la hacen mover al grado de sus inspiraciones. Las cuestiones mas especulativas de la Teología y de la Filosofía, abundan siempre en orden ó desorden, en vida ó muerte.

La época de que hablamos hizo de ello, como la nuestra, terribles experimentos.

El Catolicismo, aun en su cuna, tuvo que hacer grandes esfuerzos para domar las herejías, monstruos de disolución y de barbarie.

No las venció del todo. Los restos de estas sectas gnósticas, bajo el nombre de *Paulicianas*, se atrincheraron en algunos pueblos de la Armenia. Ligados pronto con los sarracenos y los musulmanes, sembraron la devastación en el Asia Menor. Derrotados luego por el emperador Bazilo, fueron trasplantados de las riberas del Eufrates á la Tracia y la Bulgaria, de donde les viene el nombre de *Búlgaros*. Infestaron en poco tiempo con sus doctrinas las fronteras de la Bulgaria, la Croacia y la Dalmacia, donde residía su primado, y de donde, según Gibbon, penetraron en Europa por tres vías:—mezclándose á las caravanas de los peregrinos de Hungría, que, yendo y viniendo de Jerusalem, debían pasar por Filippopolis;—á favor de las relaciones de comercio y de hospitalidad que Venecia tenía entonces con toda la costa del mar Adriático;—en fin, como alistados en las tropas del imperio de Bizancio, y transportados con ellas á las provincias que el emperador poseía

en Italia y en Sicilia. A consecuencia de estas diversas emigraciones y comunicaciones, los Maniqueos, los Paulicianos ó Búlgaros, sembraron los gérmenes de sus doctrinas en la alta Italia y en la Francia meridional. Estos gérmenes, cultivados en sociedades secretas, y fomentados por las nuevas heregías escolásticas, que revistamos en este momento, echaron profundas raíces en las orillas del Ródano y en el territorio de los *Albigenses*, cuyo nombre ha quedado general á esa multitud de sectas impuras que tomaban su origen en el antiguo Maniqueísmo gnóstico, y que amenazaron en el siglo XIII volver á hundir la Europa en la noche de que la habia sacado el Cristianismo.

Estas sectas de que hablamos habian concebido un medio singular de conciliar el rigorismo con la licencia: dividíanse en dos clases: la de los *hombres buenos ó perfectos*, y la mas numerosa de los *creyentes*. Los *buenos hombres* se jactaban de un exceso de rigorismo, sobre todo en la esterilidad; mientras que los *creyentes* podian entregarse á todo género de excesos, creyéndose justificados y salvados *por solo la fe*, de los mayores crímenes, siempre que antes de espirar hubiesen recibido la imposición de manos de un *perfecto*.

Uno de los caracteres distintivos de estos sectarios, que se notaba del mismo modo en los primeros Maniqueos, en los Templarios, los Masones, &c., era el misterio de sus sociedades, juramentos, signos, lenguaje convenido, fraternidad subterránea, propaganda invisible, y esos terribles secretos que *ni aun los mismos padres podian revelar á sus hijos, ni éstos á aquellos*.

Organizados así en una conjuración antisocial, practicaban cuanto les era posible sus doctrinas, *derribando las iglesias y las casas religiosas, degollando sin piedad á las viudas y pupilas, á los ancianos y á los niños, como enemigos jurados del Cristianismo*.

El Filosofismo ha prodigado hasta estos últimos tiempos la acusacion de intolerancia á la Iglesia, porque ésta autorizó á la sociedad para que reprimiese á estos bárbaros.

VIII.—Mientras que la esperiencia de esta verdad se consumaba en grande en la guerra de los Albigenses, renacia en los pulpitos filosóficos de Paris, y marchaba rápidamente hácia el mismo fin.

Amaury de Chartres profesó la lógica y la esplicacion de la Universidad de Paris. Siguiendo las huellas de Abelardo, Roscelin y Bérenger, é interpretando falsamente esta proposicion de Erigenes: "Todo es de Dios, todo es manifestacion de Dios," dió á sus contemporáneos una doctrina estrictamente panteista. Aunque envió su error en una enseñanza aparentemente ortodoxa, la Iglesia, centinela vigilante de la fe y de la civilizacion, lo descubrió: la Sorbona de Paris lo condenó, y el papa Inocencio III confirmó la sentencia, lo cual hizo morir de despecho á Amaury.

IX.—David de Dinant confesó francamente el Paganismo panteista que hace de Dios el principio material de todo. Pronto el torrente de esta filosofía perversa fué á confundirse con el de todos los sistemas heréticos de los Cataros, Vaudenses y Albigenses. Unos y otros, partiendo del mismo principio, el Panteísmo, volvian á encontrarse, al través de la diversidad de sus errores, en el mismo resultado: la barbarie. De esta escuela, contrariada por las decisiones del concilio de Paris en 1209, se derivó la secta, en parte montanista y en parte panteista, de los *hermanos y hermunas del Libre Espiritu*, cuyo nombre tenían por la doctrina que profesaban. Consideraban todas las cosas como emanacion inmediata de Dios, y se aplicaban á sí propios las palabras de Cristo: "Yo y mi Padre somos uno." El que de esto llegue á convencerse, decian, no pertenece ya al mundo de los

sentidos, ni de él puede recibir mancha, y por consiguiente no ha menester de sacramentos. Vestidos de un modo raro, y aun sin trage alguno muchas veces, erraban acá y allá como mendigos. Estos descamisados de la edad media, llevaron á tal punto el desórden de su Comunismo salvaje, que la sociedad y la Iglesia tuvieron que hacer grandes esfuerzos para reprimirlos.

X.—En esta época de locas y degradantes aberraciones, alzábase sobre el horizonte del mundo católico una de las mas altas, vastas y puras inteligencias que jamas hayan honrado á la humanidad; de la cual no es decir bastante aplicarle el supremo elogio que la Escritura hace de la naturaleza humana, llamándola *un ligero diminutivo de la naturaleza angélica*. He nombrado al Angel de la Teología, al Aguila de la Filosofía, al gran Santo Tomás. Este genio luminoso fué inspirado por Dios en esa época de divergencia de los espíritus racionalistas, y en la víspera del gran divorcio de la razon y de la fe por el Protestantismo, para sellar entre una y otra la mas magnífica alianza, para determinar en algun modo toda la altura á que puede subir el espíritu humano; todo el poder, plenitud y redondez de la razon desarrollada en la fe, y hacer sentir mejor toda la disminucion, toda la abyeccion en que cae, cuando de ella se separa.

La gran Suma de Santo Tomás entabla y resuelve todas las cuestiones posibles sobre la naturaleza y relaciones de lo finito y lo Infinito. Desenvuelve y precisa al mismo tiempo todas las soluciones, con una seguridad, una facilidad, una rectitud luminosa que, partiendo de la fe como de una lumbrera comun, se esparce en rayos intelectuales que van á iluminar en todos sentidos el mas vasto horizonte que ver puedan los ojos de la inteligencia.

Ademas de esta grande obra, esta magnífica pirámi-

de de la doctrina católica que previene todos los errores y los destruye, escribió Santo Tomas especialmente contra ese Panteismo satánico de una ó dos cabezas que, venido de la India y de la Persia, y reasumiendo todos los errores análogos de las escuelas talmúdicas y helénicas, habia causado el primer peligro de la civilizacion cristiana en las sectas gnósticas y neoplatónicas; y que acababa de ponerla nuevamente en peligro en las heregías de los Albigenses y Vaudenses. El genio de Santo Tomas vino en socorro de la civilizacion con dos obras especiales: la *Suma contra los gentiles*, y su tratado contra los errores de los Orientales.

Desarrollada así la doctrina católica bajo tan brillante pluma, permitió Dios al error que concentrase á su turno, por medio de grandes sectarios, todos los elementos de falsa filosofía y teología errónea que infestaban el Occidente. Wiclef y Juan Hus vinieron á preparar las vias á Lutero.

El ingles Juan Wiclef se señaló desde luego por su oposicion sistemática contra la Iglesia, y fué acaso el primero que hizo consistir su heregia en la negacion de la autoridad de dicha Iglesia. No tardó en añadir un ataque á los dogmas, y en particular contra el dogma de la transubstanciacion. Al mismo tiempo que se separaba de la doctrina católica, le sustituia la siguiente: "Lo que es Dios, segun la Idea, es el mismo Dios, ó la Idea es Dios. Toda naturaleza es Dios, y cada sér es Dios." —Nada detiene al herege en las consecuencias de su sistema: "Así, pues, dice, un asno es Dios."

A doctrina ya tan perversa, mezclaba una Wiclef que tomó á los Albigenses contra la propiedad. Los Albigenses habian atacado principalmente las propiedades eclesiásticas; Wiclef generalizó este ataque estendiéndolo á toda propiedad, fundándose en que, para tener un derecho legítimo de poseer alguna cosa en la tierra, es pre-

ciso ser justo; pues el hombre sea de la clase que fuere, en pecado mortal pierde ese derecho.

Wiclef afirmaba á cuantos le rebatían que su respuesta en su persuasión sería el silencio, pero desgraciadamente no fué así. Sus predicaciones subversivas produjeron la secta de los *Wiclefistas*, la que se engrosó luego con la de los *Lolardos*, nacida en Bohemia, y cuyo autor fué *Lollard Walter*, reproductor de los errores maniqueos de los Albigenses contra los sacramentos y la penitencia, el matrimonio, la justicia y la propiedad; añadiendo que los demonios habían sido echados del cielo sin justicia, y que San Miguel y los Angeles habían de ser un día condenados al Infierno, así como los que no profesasen la doctrina que nos ocupa.

XI.—Fué Juan Hus discípulo y heredero inmediato de Wiclef, y tuvo por socio de su herejía y su destino á Gerónimo de Praga. Menos especulativo que Wiclef, no supo abarcar todas las doctrinas del teólogo inglés; pero sí defendió los mismos resultados. Adoptó particularmente la doctrina de la predestinación absoluta, dividiendo á los hombres en escogidos y en réprobos: aquellos, hiciesen lo que hiciesen, alcanzarían la gloria, y estos, aunque muriesen arrepentidos, no lograrán perdón.

De esto se valió para decir, con los *Lolardos* y los *Vaudenses*, que los poderes de la Iglesia y la virtud de los sacramentos dependían de la santidad de sus ministros.

Concíbese que el efecto inmediato de tal doctrina no podía ser otro que la destrucción de toda organización social.

Precisamente en la época de Juan Hus se hallaba oscurecida la santidad de los representantes de la Iglesia. Esta ofrecía el espectáculo aflictivo de la relajación y del desorden en la parte terrestre de su existencia.

Para favorecer su doctrina y abrirle paso, Juan Hus

y los sectarios sus secuaces, exageró hasta la calumnia el cuadro de la relajación del clero de aquel tiempo, á tal grado, que un día no pudo menos de interrumpirle uno de sus agentes y decirle: “Maestro, he estado en Roma, donde he visto al Papa y á los cardenales, y no los hallé tan malos como los pintais.—“Pues bien, replicó Juan Hus, si tan de tu agrado es el Papa, vuélvete á Roma, y quédate allí con él.—“No, maestro, repuso el interlocutor, soy demasiado viejo para emprender semejante viaje; pero vos que sois joven, id, y os repito que vereis que las cosas no están por allí tan mal como lo suponeis.”

Cuando las hordas bárbaras de los Hussitas se alzaron arrojando el grito, ¡LA COPA AL PUEBLO! pedían que se suprimiese toda distinción entre el clero y los fieles, y que bebiesen todos en la misma copa. Adoptaban la divisa de *igualdad y fraternidad* que ensangrentó nuestros últimos tiempos, transformaban la *Comunion* en *Comunismo*, y no creían en la transubstanciación, imitando en esto á su jefe. Por lo demás, fieles herederos de los Gnósticos y antecesores de los Socialistas, al grito LA COPA AL PUEBLO! añadían el que naturalmente se sigue de LA PROPIEDAD AL PUEBLO! Así no han omitido los Socialistas modernos el saludarlos como á *hermanos y amigos*, y tenderles, al través de cuatro siglos, una mano conjurada contra la sociedad y sus santas leyes.

La Iglesia, con su sentido profundamente civilizador y su inflexible firmeza, hizo frente á la tempestad y salvó una vez más de la barbarie invasora á la sociedad ingrata que debía corresponderle un día con maldiciones.

Pero esto no era más que el prólogo de un estenso drama. Aquel siglo, lleno de acritud, según dice Bossuet, había de prohibir á Lutero.